

GÉNESIS DEL TRABAJO VITAL.—Ahora, aparecidas las primeras criaturas bajo condiciones telúricas transitorias, que no volverán, como el hombre no acierte un día á reproducirlas en espacio confinado (cosa, en verdad, posible), quedó instituida en cada una de aquéllas la potencia reproductriz, resultando de esto que, de tiempo inmemorial, cada criatura viviente es un capital instituido por herencia en favor de un capitalista-gerente instalado en aquél por reproducción; verdadera maravilla que, ni por semillas, ha podido remedar la humana industria.

A todo nacido, por cuanto capitalista-gerente, suminístrale madre-Tierra las primeras materias de la industria de crecer y multiplicarse; mas éstas no son todas las que el planeta posee, sino reducida parte de ellas; pues de entre más de setenta cuerpos de los que por simpleza nuestra llamamos simples, sólo unos diez y seis alimentan la industria de todo el vasto y variado imperio orgánico.

Tal es, á grandes rasgos esbozada, la génesis del trabajo vital en sí mismo, y para el cual se identifican en una sola criatura corpórea, capital, capitalista, gerente, operario, consumidor, réditos acumulados é instalación hereditaria de nuevos capitales dotados de igual plenitud de económica comprensión, repetida en serie por siglos de siglos.

GÉNESIS DEL TRABAJO INDUSTRIAL.—Si toda criatura viviente se conformó en su día con la *cuarta legitima* mal contada que, á título de *alimentos*, su madre le asignara, no así el hombre, quien, con ser el Benjamín de la Tierra, salióle desde luego respondón por ambicioso, no parando hasta apoderarse por entero del resto del caudal materno, ó de *libre disposición*.—Nació el ser humano predispuesto á llevar la frente erguida; brotaba de su inteligencia una palmera de racionales aspiraciones, para cuya satisfacción necesitaba asimilarse, no solamente los setenta y tantos cuerpos elementales, y más que hubiera, sino también sus infinitas posibles combinaciones. Grandioso era el propósito, temerario para un solo individuo y aun para muchos de condiciones perfectamente iguales; mas como doquiera que se reúne pluralidad de personas, allí se manifiesta variedad de individuales aptitudes, surgió de este armónico encuentro un trabajo colectivo de carácter realmente económico, puesto que rendía por el menor esfuerzo el mayor y más perfecto resultado; trabajo que, en esto como en todo, fué una novísima vegetación de la vital actividad, que elevó á primeras materias de la humana vida todas las disponibles en el mundo. De ahí el rigor de verdad con que todos los economistas afirman que la Tierra entera, nombrada sin limitación

de concepto y escrita con T mayúscula, es la materia prima de la industria humana, cosa que el fisiólogo está bien lejos de poder afirmar por impedirselo la fuerte limitación arriba consignada.—Es tal, en suma, la ambición asimilatriz del hombre, que, al presenciar aterrado la caída de enorme bólido, olvidase luego del terror para lanzarse al sideral peñascó en busca de alguna nueva materia que en éste se contenga, seguro de sacar de ella jugo de utilidad.

Ved, pues, por qué natural manera apareció en nuestro mundo el trabajo económico-social, y cómo su origen es tan antiguo como el fisiológico humano, pues radica necesariamente en la vida sociable de la primera familia, esquema y arquetipo de la vida política. Las sobrias frases de Moisés: *Pastor de ganado lanar fué Abel; Caín, agrícola*; si no fueran tradición purísima de verdad serían una genial adivinación histórica.

Si, pues, en lo genéricamente biológico la vida aparece millares de siglos anterior á la industria, lo que es en lo biológico especial humano, ambas á dos actividades resultan coetáneas *ab initio*.

GÉNESIS DEL TRABAJO LIBERAL.—Insinuada tengo la trascendencia de lo que llamé *nostalgia de padre*, y aquí llega la oportunidad de utilizar aquella mi insinuación. Como oriundas de padre y madre mortales, mortales somos todas las criaturas terrenas, y de esta condición forzosa no es lo peor el morir, sino la incertidumbre del momento, puesto que vivimos, de un lado, bajo las inclemencias del medio inerte, y de otro, bajo las aún mucho mayores de la ley de economía universal, que mantiene la colectiva vida á favor de la mutua devoración. Si, pues, combináis lo malo del morir y lo inseguro de la hora del mortal tránsito, con los anhelos por nostalgia de padre y de mejor trato en sus brazos que en la falda de la adusta madre, fácil os será descubrir la causa de que, en toda criatura racional, la idea de la muerte produzca confusa, indefinible mezcla de temor y de esperanza, máxime desde que los hombres, advertidos por divina revelación de que el padre de su alma no es el sol, sino Dios mismo por obra directa suya, abandonaron el sabeísmo ó culto solar en espera de volver al seno del astro del día, por el culto divino, en espera de volar á la gloria eterna. Mas esta novedad, dada la suma estrechez de las puertas celestiales, agrava la nostalgia al compás que la sublima; de suerte que, en toda situación y creencia, la combinación de los tres señalados motivos, á saber: el ser mortales, el ignorar la hora de morir y el sufrimiento por nostalgia de padre, hacen de la muerte, con ser cosa tan parecida á la extinción de una llama, un tema lleno de espirituales prestigios, tema que, siendo de

muerte, engendra lo más vivaz de lo humano, ó sea la Filosofía, que es un prosaico poetizar, y la Poesía, que es un filosofar hermoso, las cuales forman por junto la natural raíz del trabajo liberal en la más amplia comprensión de su concepto. Podemos, por tanto, asegurar que la muerte de Abel hizo de un golpe, á Caín, filósofo del remordimiento; á sus padres, Adán y Eva, poetas del inocente dolor, y asimismo predecir que un día, cuando en la haz de la tierra, tibiamente alumbrada por los postrimeros jirones de la fotoesfera solar, el último hombre, linfático y lamparónico, se percate de que va á morir, ese postrer mortal resumirá en la doble exclamación de «¿para qué vine al mundo?» y «¡qué será de mí!» toda la Poesía y toda la Metafísica de los siglos.

Tales son los orígenes ciertos y el término seguro del trabajo liberal en la Humanidad. Nadie hable, por tanto, de él como de cosa sobrenatural ó mera vegetación de la cultura y la riqueza; podrá serlo la estética ficción del sentir ideal, mas en modo alguno este sentir mismo, como argumento soberano y único que un día el Arte tomó de Naturaleza.

Si fuésemos inmortales y tuviéramos reunidos en casa á Padre y Madre, nos contemplaríamos felices por satisfechos, sí, pero ¡qué prosaicos, por libres de cuidados, resultaríamos!

Quedemos, pues, en que dentro de la especie humana los trabajos vital, económico y liberal, principiaron simultáneamente y coexistirán á perpetuidad.

Ahora, para terminar estas pinceladas de conjunto, permitidme breves toques acerca de la vida como invitatorio al trabajo.

Por tal concepto la vida es una urgencia, es la urgencia de conservar y reproducir cada cual su forma específica á favor y á pesar del cambio de materia. Para ello al individuo viviente sus progenitores le dan, de buena gana, materia, forma é impulso vivo inicial; de mala le presta el mundo la materia y las fuerzas requeridas para crecer y multiplicarse; y en esta lucha, donde la pésima voluntad exterior es una enorme constante y la fuerza hereditaria interior una variable en continua ineludible disminución por pérdidas difusivas, amén de las causadas por eventuales injurias, llega por fatalidad de naturaleza el cuitado vividor á la muerte, como lógica consecuencia de haber cometido la imprudencia temeraria de nacer y vivir en campo de mortales enemigos.—Así, la vida puede ser imaginada como extraño incendio ante el cual los gritos de fuera son «¡Agua!»

y los de dentro «¡Dejad arder!», menos cuando el viviente mismo, exaltando, por vicioso, las llamas del ordenado vivir, precipita con la intensidad del ardimiento la devoración de su edificio. Esto nos advierte, una vez más, que la economía no está ni en la escatimación del caudal ni en su derroche, sino en la traza de producir lo más posible con lo preciso necesario.

A despecho, sin embargo, de lo incesante de dicha urgencia, permítase todo ser viviente relativos descansos, de los cuales uno es la suspensión total del trabajo exterior; otro la remisión, más ó menos considerable, del interno, importando entre ambos reposos por junto un tanto de inacción en cuyo valor no se suele parar mientes.

Cuanto al descanso del trabajo externo, considerado sinópticamente en la creación viva, diré de él que asciende á una verdadera enormidad. Por lo pronto, las plantas, que á semejanza de los cocheros de punto alternan el sueño vigil con la vigilia soñolienta, disimulan su crónico hipnotismo viviendo de pie. La chusma invertebrada inferior, así acuática como terrestre, se pasa entero el día como grey de sonámbulos, cuya ocupación no vale la pena de despertar; y aun los insectos alados, sobre lo mucho que durmieron antes de cobrar alas, sólo engañan al superficial observador de los ratos que se dan de vida activa. Los peces, con ser pájaros del agua, pasan una vida mucho más maquinal que intencional, si bien sus accesos de actividad resultan mucho más violentos y fieros de lo que generalmente se cree. Los reptiles, y sus desgarrados parientes los anfibios, á cada paso, carrera ó salto que dan, echan un cortadillo de sueño, amén de la magna siesta que se permiten cuantos de ellos invernan; y, por lo que hace á pájaros y mamíferos, bien claro ve, quien atentamente les observa, que si les faltaran pulgas, piojos, sarnas, moscas, tábanos y demás aduladores que Dios les deparó para procurarles argumento de vigilia, les vendría muy corto su espontáneo pensar para mantenerles bien despiertos dilatadas horas. Aun así y todo, los más excelentes, tanto domésticos cuanto silvestres, pasan entre sueño formal y semi-sueño las tres cuartas partes del día natural.—Tal es el balance general del sueño en el arqueo comparado entre el discontinuo vigilar y el total de la amodorrada existencia.

Sólo el hombre está perfectamente vigil, por gran cosa, unas diez y siete horas de las veinticuatro disponibles; quien duerme notablemente más de siete es un enfermo disfrazado de haragán; quien notablemente menos, es un héroe que va para enfermo.

Paréceme que á favor de los expuestos precedentes podemos ya entrar, con la necesaria despreocupación, en los particulares del asunto.

I

Paralelo entre el trabajo vital y el económico

Todo ser viviente trae aparejado desde el embrión, según su especie, el cuadro de necesidades cuya plena satisfacción, por ser legítima, le declara *rico* en el orden natural. Esta riqueza es la *salud*, ó sea la perfección individual efectiva. Mas si el ser es animado, ésta su riqueza se le desdobra en objetiva y subjetiva, resultando aquélla, la *salud*, como riqueza en sí, y ésta la *euforia* ó bienestar, como riqueza sentida, reconocida y disfrutada. De ahí que la máxima de *alma sana en cuerpo sano* comprenda á todos los seres del reino animal, pues como quiera que donde hay *psije* hay necesidades psíquicas, y la insatisfacción de éstas causa en el ánimo directa preocupación, tan pobre y enfermo resulta el animal por una privación física como por una privación anímica, y así mueren muchos por motivos pasionales. Enjaulad á un gorrión de cuatro ó cinco años, asistiéndole de todo corporal requisito, y en obra de un par de días se matará bregando por librarse; confinad á una golondrina en enorme pajarrera donde nada le falte en lo material, y hasta el vuelo le sea dable y expedito, y se os morirá igualmente por motivos de independencia; desparejad, en fin, dos caballos amistanzados de largo tiempo, y os exponéis á que alguno de los dos muera de nostalgia del otro.

La *salud*, pues, en cuanto *riqueza viva*, es un resultado tan integral como lo es la *riqueza* en cuanto *salud económica*; deparadle á Creso en sus bellos tiempos una dispepsia, y se contemplará tan pobre como llegó á sentirse cuando vivía bajo el hidalgo trato de su vencedor Cambises.

Por lo que hace á las demás categorías generales de la riqueza vital, como son *utilidad, valor, propiedad, interés individual, producción, cambio, justicia* y otras de menor cuenta, todas resultan análogas, aunque no idénticas, á las que condicionan la riqueza económica. Así la utilidad ó valor en uso directo, y el valor ó utilidad indirecta por cambio, confúndense en la economía vital por no existir entre los órganos ni mediador que corra, ni mercader que tase, ni comprador que regatee, ni moneda que salde las diferencias; así también en nuestro cuerpo se identifican la propiedad y el propietario, el interés y el interesado, la producción y el productor, el capital y el capita-

lista, el remitente y el destinatario, trocándose la justicia en higiene, y la libertad, tan reclamada por los economistas, en fortaleza, *conditio sine qua non* de todas las libertades fisiológicas habidas, actuales y posibles.

Hecho este parangón general, contemplemos el trabajo vivo en los clásicos trámites de *producción, circulación, repartición y consumo* de la riqueza, y en el de la *reproducción de capitalista y capital*, tema este último, ó no consignado, ó mirado de soslayo por los tratadistas de la ciencia económica, siendo así que, á mi juicio, merece la pena de expreso capítulo sobre teoría económico-política del derecho de sucesión.

A.—PRODUCCIÓN

Cuentan los seres vivientes con los tres elementos clásicos de producir: *capital, trabajo* y *primera materia*. Tan clásicos son en la esfera económico-universal estos tres elementos, que Dios, con ser quien es, los reúne y combina para sus actos creadores, sacando de la nada, por necesidad metafísico-artística, la *materia prima*—único elemento productor que no está en Él,—so pena de que sus criaturas le resultaran, ó pedazos de divinidad, ó criaturas sin substancia.

CUANTO AL CAPITAL ó instrumento de labor, posee el individuo viviente su propia individualidad, la cual, heredada *ab ovo*, comienza por ser un instrumento microscópico, que, capitalizado é individualizado por la fecundación, crece al compás que se aplica al trabajo, y trabaja en un radio y con una intensidad de acción que, á la vez, aumentan dentro de su ley específica, en proporción del trabajo aumentado. Capitales de esa índole no los halla el economista en ninguna parte, pero tampoco halla capital alguno que virtualmente no se ajuste al patrón del capital orgánico. Es éste como tijera ó cuchillo que va creciendo al compás que se ejercita en cortar, para ir luego cortando con más fuerza, según la materia sujeta á sección va tomando más grosor y consistencia. Medítese si no, y se verá que toda fortuna honradamente labrada se desenvuelve por este tenor, aunque no lo haga por esta material manera.

En la explotación del capital primitivo, ú óvulo, por el diminuto capitalista que le transfunde la fecundación, pasa como ordinario un hecho que en la social economía sólo se da por excepción muy rara, y es que aquel poquito de materia orgánica *verè nollius*, ó realmente de nadie, por ser desecho materno, y además *propè nihil*, ó casi nada, por su insignificante cuantía, constituye para su nuevo dueño una

mínima ganga, de la cual éste forma la base de su venidera fortuna. Esa nonada es para nuestro principio informador lo que una peseta que un hambriento listo se encuentra al paso, y de la cual invierte 25 céntimos en tapar la boca á las hambres atrasadas, y los 75 restantes en mercar, para revender, *un veinticinco* de *La Correspondencia de España*. Ahora bien: si con tal comienzo llegan, por rara excepción, á ricos algunos hombres, es regla que por él hagan su fortuna los embriones.

CUANTO Á PRIMERA MATERIA, no es la Tierra entera, según advertí, sino una parte de los elementos de ésta la que se aplica al trabajo vital, y aun bajo la perentoria condición de que para ello toda substancia sólida tome, por convenientes aprestos, una disposición fluida, penetrante, cual reclama la disposición de la fábrica viviente. En ésta; cada microscópico operario está fijo, inmóvil en su rincón, y es, por tanto, de rigor que para la repartición de tareas la materia prima discurra holgadamente por el cuerpo, á través de todas las porosidades de su espesor, á fin de que llegue á todas partes. Tiene, pues, que licuarse el mundo si el cuerpo organizado ha de vivir; de lo contrario, un *paro* general daría al traste con fábrica, fabricante y operarios. He aquí por qué razón los órganos todos, aun los de traza ebúrnea, resultan canalizados ó porosos vistos al microscopio, y es que, en efecto, un ser viviente es una esponja empapada de mundo, y no así como quiera, sino por valor, unos con otros, de unos dos tercios de su total peso bruto.

Si el ser organizado es de natural pequeño y sencillo, no ha menester más que simple empapadura mundana, la cual se renueva y depura de residuos de exhalación interna por meras alternativas de flujo y reflujo; empero así los animales como las plantas, donde quiera que el tamaño ó la complicación, ó ambos á dos factores lo reclaman, tienen su sistema de cañerías, á cuyo favor la circulación de primeras materias y de otros elementos de riqueza, de que en su lugar hablaré, se hace con la expedición y priesa convenientes. Cuanto á los animales, siendo éstos, como son, de natural sensible y móvil, gozan la prerrogativa de graduar en cada punto del cuerpo su circulación y su trabajo, al tenor de los avisos que de las conveniencias de éste les transmite la sensibilidad; de donde la maravillosa conciliación de las dos indicaciones, á saber: una, la de que el impulso circulatorio sea igual para todos los órganos del cuerpo, pues por fatalidad hidráulica así ha de ser; y otra, la de que un sistema de nervios dilatador y constrictor *ad libitum* de los vasos, ajuste en cada región la corriente general circulatoria á las locales convenientes.

cias del momento, pues de ello pende la salud ó riqueza vital en cuanto armónica satisfacción de las necesidades, según el inquieto casuismo de las oportunidades de la vida, precioso artificio de conciliación práctica entre la oferta y la demanda, y, sobre todo, entre la importación y la exportación, que llega al colmo de la maravilla donde quiera que el sistema nervioso ya reviste formas definidas y una centralización á la vez intensa y delegada, con visos de imperio federativo. Por este concepto, el Estado viviente posee los verdaderos indispensables resortes para un *Discrecionismo* económico realmente oportuno, puesto que su gobierno, sobre ser el primer interesado en el bien de aquella pequeña nación, recibe de los obreros de cada uno de los ramos de su orgánica industria, y por el doble concepto de productores y consumidores, datos directos, y, por tanto, no puede errar en su política económica interior ni en la del comercio exterior, ó importativa y exportativa.

No terminaré estas indicaciones acerca de la materia primera sin consignar lo más interesante respecto á la economía general de su destinación. En salud, cada órgano, en cuanto socio de su comanditario organismo, divide en dos principales lotes las primeras materias que á sus manos llegan: uno, destinado á trabajo actual; otro, retenido á título de reserva para hacer frente á futuras eventualidades. De los usos á que se destina el primer lote, trataré al ocuparme en lo relativo á repartición de la riqueza viva; cuanto al segundo lote, su importancia es muy grande, pues no diré que representa, sino que es *Pósito* del organismo entero en cuanto almacén comunal, y peculio particular de cada órgano, aun del más pobre, doquier funciona como individual reserva. El Pósito común no hay quien lo desconozca: es la gordura, de la cual hasta los individuos de compleción enjuta ó flaca tenemos almacenada, por los resquicios del cuerpo, una fuerte cantidad, merced á cuyo consumo vivimos en las grandes crisis de miseria ó de enfermedad. La reserva particular de cada órgano ha sido descubierta por los modernos investigadores, y su demostración en algunos órganos resulta curiosísima, pues dicho sea sin ofensa de los elementos anatómicos, tiene algo de registro de pilluelo por experto agente de orden público. Así, por ejemplo, si á un musculito desprendido totalmente del cuerpo de una rana, se le obliga, por el perfecto vacío de Torricelli, á soltar cuanto oxígeno pueda retener para dar pábulo, ó mejor, aliento á contracciones cadavéricas provocadas por la electricidad, no echa fuera ni una pizca del comburente gas; pero si luego se le suscitan contracciones galvánicas, las ejecuta, delatando en las apreciables cantidades de áci-

dos carbónico y sarcoláctico, resultantes de la contractura, las positivas dosis de oxígeno disponible que, incorporadas á sus explosivos cartuchitos, se guardaba el muy taimado en su invisible canana. Y aun después de esta prueba, que parece extremò registro, le queda al musculillo algún oxígeno más, el cual, por último y ultra-mortal proceso, se invierte en aquel remedo de contracción conocido con el nombre de *rigidez cadavérica*. De suerte que, por lo visto, cada obrero de nuestro cuerpo pudiera muy bien decir, imitando á los de ciertas capitales industriales y morigeradas: «A mí nunca me faltan cuatro duros para un repente.»

CUANTO AL TRABAJO, conviene, ante todo, parar mientes en que el vital no siempre es *directo*, como á primera vista parece, sino que á semejanza del económico puede asimismo ser, y es en muchísimos casos, *indirecto*, realizado por lo que en industria se denomina *motor de sangre*, y que yo, para mi caso, llamaré motor viviente, por no tener sangre los motores indirectos ó ganado de que se auxilia nuestro cuerpo. Así conforme el hombre, en cuanto industrial, echa mano de buen número de animales superiores para que le ayuden á trabajar, del propio arte él y los demás seres de ambos reinos orgánicos, excepto los zoófitos, disponen de éstos como de ganado menudo para que les ayuden en su industria vital. Como prueba de este aserto, los mejores y más llanos ejemplos son el de la digestión interna en los animales, y el de la preparación circunradical del alimento en las plantas por trabajo vivo de seres microscópicos ó fermentos, sin los cuales ni una ni otra de esas funciones de apresto alimenticio podría cumplirse; pues si es cierto que por microbios podemos morir, no lo es menos que sin microbios no podríamos vivir ni los animales ni los vegetales de algún viso.

De estas dos riquezas pecuarias, la macroscópica, auxiliar de la humana industria, y la microscópica, auxiliar del trabajo vital, ésta es más antigua y esencial que aquélla; de suerte que el hombre, al instituir su ganado relativamente mayor, hizolo ignorando que su cuerpo estaba poblado de rebaños de microscópico ganado.

Por este trabajo *indirecto* la industria aumenta la cantidad de producción; veamos ahora cómo se fomenta la variedad y la estima de los productos.—En la economía viva, como en la social, la superioridad de categoría del conjunto crece con la diferenciación de aptitudes de sus órganos ó individuos laborantes, y con esta diferenciación se complican los elementos de su recíproco cambio; de suerte que, al compás de todo ello, los valores en sí aumentan y las utilidades se subliman, si bien en la interioridad viviente estas dos últi-

mas categorías se funden é identifican, según queda dicho, puesto que entre los órganos de un cuerpo no hay *tuyo* ni *mío*, ni dinero con qué saldar al céntimo la diferencia. Por este concepto, nuestro cuerpo es una familia de pequeños Robinsones que cambian recíprocamente, á la buena de Dios, sus productos y servicios en el regazo de un Robinsón muy grande.

Libertad del trabajo no la hay en la orgánica economía, ni hace falta, según advertido dejo, sino que, antes al contrario, estaría de más, dada la discreta providencialidad que desde la fecundación preside á la celular república, pues en ella se forma cada obrero para lo que sirve más, y sirve de perlas en aquello para que se forma. En un ser orgánico están resueltos *ab initio* todos los problemas que al albedrío de sus futuros ciudadanillos pudieran las contingencias de la vida proponer, pues no olvidemos que si el espíritu humano goza de entendimiento y ha menester libertad, débese ello á que dista mucho de ser criatura acabada, que si lo fuera, como en su especie lo son los seres inconscios, ¿á qué el azaroso lujo de discurrir y deliberar teniéndolo todo perfectamente resuelto de nacimiento? A la turba multa de vivientes Dios les dijo: «Creced y multiplicaos»; pero á los primeros hombres, llamándoles aparte, les habló de esta manera: «Sin concluir os dejo, pues me apetece descansar; acabaos de pulir los unos á los otros y de padres á hijos, que para ello os hice racionales».—En ese encargo está la causa oculta; en él la historia manifiesta del progreso en la humanidad. Aceptemos, pues, como naturales consecuencias de nuestra incompletez, las ligas de obreros, las contraligas de patronos, las huelgas y demás manifestaciones del albedrío de los malhallados con su destino, pues erradas y todo irán ellas indicando, por experiencia acumulada, mejores caminos del ético fin que el abierto por el interesado y necio proveer de los tiranos políticos. Por nada desistamos del postulado liberal para la solución de los problemas orgánico-sociales, ya que la libertad ha de ser, á la corta ó á la larga, la vía que nos conduzca á la perfecta naturalidad.—De los organismos, en cuanto sociedades económicas de carácter inconsciente, contentémonos con exclamar: «¡Bienaventurados los que no discurren, porque ellos no yerran!»

B.—CIRCULACIÓN

Nuestro cuerpo es un *Zollverein*; en él no caben ni aduanas ni monstruosidades como la contribución de consumos; y cuanto á su exterior comercio, ya en otro lugar indiqué la traza discrecionista

que ofrece. Aquí sólo añadido que el espíritu del oportunismo viviente es liberal en principio, ajustando su libertad de acción á las condiciones de fortaleza y salud individuales para cada época ó situación determinada. Finalmente, en punto á vías de circulación, tienen los organismos animados, así burgueses como aristocráticos, incluso el del propio virrey del planeta, dos distintos sistemas, diversos entre sí, pero íntimamente correlacionados, y son: uno, el circulatorio vascular, para acarreo de productos; otro, el circulatorio nervioso, para prestación y solidarismo de servicios inmateriales y regulación general y local del vascular. Arquetipos respectivos son de las vías comerciales y postales las dos orgánicas, puesto que de ellas son remedo, desde el camino vecinal á la línea continental ó marítima de gran velocidad, y desde el peatón de villorrio hasta la vía-cable eléctrica ó acústica. Tan completa y patente es la analogía entre estos dobles sistemas de comunicación material y virtual, que me parece inoportuno detallarla en el presente *Esbozo*.

C.—REPARTICIÓN

Recientes descubrimientos fisiológicos permiten ya paralelizar muy ajustadamente los repartos vital y económico. He aquí las mutuas correspondencias de estos repartos, tomando por tipo de lote distributivo para cada determinado órgano el tanto de sangre que éste recibe por obra de un impulso del corazón, y sin excluir de la regla á éste, quien, por aquello de que la caridad bien ordenada comienza por uno mismo, se propina el primero la ración que para su peculiar industria necesita.

Lotes distributivos.—1.º Una parte del licor circulatorio es puro jornal; no se eleva á honorario, pues no pasa del pan de cada día.

2.º Otra parte queda, según dije al hablar de las reservas, como ahorro latente ó manifiesto, y representa á un tiempo un principio de honorario en favor del órgano y una parte del pósito comunal ó fondo de previsión colectivo. El admirable *consensus* del organismo armoniza de este modo la fortuna privada con la social; ello es posible, por no criarse en el cuerpo vivo usureros semitas ni de otra raza.

3.º Otra parte del humor recibido, á veces enorme, se destina á lo que llamaré trabajo exterior, visible además de útil, como por ejemplo, el de respirar, elaborar saliva, bilis, sudor y otros humores, el de contracción muscular, etc. La cuantía de sangre arterial invertida ordinariamente en esta labor es tan variable, según la pecu-

liar función externa, que llega á acusarse en la diversidad de calibre, no menos extensa, de las correspondientes arterias; así, por ejemplo, cada riñón, por el hecho material de las enormes cantidades de aguas impuras que separa y vierte fuera del total organismo, recibe el vaso de sangre roja de mayor calibre del cuerpo en relación con el tamaño del órgano. Enorme es, en verdad, la arteria pulmonar en relación con el tamaño de los pulmones; mas téngase en cuenta que esa arteria conduce sangre negra en demanda de respiración, lo cual, en su misma excepcionalidad, confirma la regla.

4.º y último. El resto de la sangre roja se emplea ¿en qué diriais? Pues en un producto que constituye, de una sola pieza, el interés del capital, pagado por cada órgano á la comunidad, y un objeto de circulación interior forzosa, cuyo repartimiento es de vital necesidad para el individuo. Aludo á las llamadas *secreciones internas*, sólo bar-runtadas de algunos años acá, y actual tema, de día en día más palpitante, entre experimentadores y clínicos, pues por lo visto, y plenamente comprobado, hay racional fundamento para sospechar que no existe órgano libre de tal pago, ni libre del ejercicio de tan vital industria. Por manera que, no conociendo nuestro organismo el numerario, cada una de sus partes salda en especie el alquiler ó interés de su instrumento industrial, mediante un producto de carácter reservado que, de común concierto con el suministrado por los demás, según su especie, ofrece en las intimidades de nuestro cuerpo el arquetipo del solidarismo de prestaciones y consignas en que descansan el poder y la resistencia de las sociedades secretas. Y más y más viene á legitimar el símil la circunstancia de que, lo mismo que en estas sociedades, los atalayas y laborantes de mayor potencia de nuestro interior no son los de mayor viso ó jerarquía, sino aquellos otros que más á mansalva pueden operar, merced á su modesta ó desairada apariencia, pues precisamente los órganos que hoy por hoy resultan más influyentes en esa liga de defensa vital son, ó tenidos por insignificantes, memos, atávicos, cuasi inútiles, como, v. gr., el *cuerpo tiroides*, las *cápsulas supra-renales*, el *cuerpo pituitario*, ó gozan opinión de ocupadísimos en conocidas y fuertes industrias, como, v. gr., los riñones, siendo por ende considerados sin vocación ni tiempo para ocuparse en ocultos solidarismos.

No siéndome dado entrometerme por los particulares técnicos del asunto, y puesto que éste hoy une á su intrínseco interés su fresquísima actualidad, permítome recomendaros el completo trabajo histórico, reforzado con gran número de experimentos propios, que acerca de las *Secreciones internas* habrá editado á estas fechas el joven y ge-

nial catedrático de Fisiología del Colegio de San Carlos de esta corte, Dr. D. José Gómez Ocaña.

Resumiendo, digo: que la distribución de la riqueza vital se resuelve en jornal de mano de obra, peculio de repuesto particular y auxilio mutuo, prestación y elaboración respectivas de servicios y productos para función exterior, y el resto en alquiler del capital, pagado en especie de circulación forzosa por ser de necesidad vital para todo el individuo.

D.—CONSUMO

Esta voz, en el economístico tecnicismo, adolece de cierta vaguedad que puede, á mi juicio, disiparse, comparando los hechos por ella comprendidos con sus análogos fisiológicos. Así, viendo que el consumo orgánico abarca dos fenómenos terminales de la riqueza vital, perfectamente distintos y económicamente opuestos, á saber: el de *asimilación* ó fin y término vitales de un producto ó servicio biológico, y el de la *desasimilación* ó fin y término ultra-vitales de aquél en cuanto es su desecho orgánico ó dinámico, devuelto al mundo que temporalmente nos lo suministró, fácil será ver lo congruente que resultaría descomponer el contenido de la parte de la ciencia económica titulada CONSUMO, en dos: uno, que se ocupase en la apropiación, uso ó asimilación de la riqueza; otro, que se refiriese al paradero ulterior por uso ó abuso, es decir, á los desechos por desasimilación de la misma. Bien se me alcanza que todo ello se trata en la referida Sección de los libros de Economía política; mas nadie me negará que el separar aquello que unido trae obscuridad y confusión, es uno de los más capitales recursos metódicos para la buena inteligencia de las cosas. Aún hay más: el mismo lenguaje adoptado parece que incita á realizar lo que propongo sin notable alteración de términos; para ello bastaría dividir el tratado del CONSUMO en dos capítulos, intitulados respectivamente *Consumación* y *Consumción*, pues lo uno significaría *riqueza consumada*, y lo otro *riqueza consueta*; aquéllo, riqueza viva; ésto, despojo de riqueza, resucitable ó no, pero de momento muerta.

Hecho lo cual habría que subdividir en dos categorías lo asimilado, según se tratase de *productos* ó de *servicios* puros. Por lo general, en el organismo, como en sociedad, diremos de los productos, que se *asimilan*; de los servicios, que se *utilizan*; y si en la vida psíquica parece quebrantarse esta ley, sin embargo, como acertemos á despreocuparnos del grave error de que la inmaterialidad es nota ca-

racterística de los puros servicios, nos curaremos inmediatamente de aquella engañosa ilusión relativa á la espiritual economía. Entonces echaremos de ver que, conforme para nuestro cuerpo un pedazo de pan es un producto, y la fresca brisa, de súbito levantada en noche de estío, un servicio que nos modera el calor, asimismo en el comercio del alma *una lección* de Historia ó de Física es un producto cuyo contenido la memoria y el entendimiento se asimilan á perpetuidad, como especie sustantiva adquirida, mientras que *un buen consejo* es un servicio puro, porque no nos da ni nos quita cosa alguna, reduciéndose á rectificar la dirección de nuestros propios inmanentes elementos de opción y de conducta.

Valgan estas breves observaciones para mostraros de qué manera tan clara y conforme con la naturaleza de las funciones orgánicas de asimilación y desasimilación, podrían ser tratadas las graves cuestiones económicas de disipación, avaricia, lujo, ociosidad, absentismo y tantas otras de triple carácter económico, jurídico y moral como se contienen en los dos conceptos de *consumación* y *consumción* de la riqueza, y que me parece ver acurrucadas dentro del vocablo CONSUMO.

E.—REPRODUCCIÓN DEL CAPITAL

El hombre se reproduce en sus hijos; el capital se reproduce en los herederos. Con sólo parar mientes en el cuidado con que estas dos proposiciones deben ser redactadas para que su respectivo enunciado corresponda á la realidad, fácil es entrever la trascendencia que respira la cuestión de cuál sea el sistema de herencias capitalicias más útil ó más natural, que lo mismo da, pues ya hemos visto que siempre lo más natural es lo más perfectamente económico.

En la esfera del derecho civil esta cuestión tiene una vieja historia; y si antes la planteé y aquí de nuevo la suscito, valga ello solamente para encarecer, por dictado de conciencia, la necesidad de que los economistas la eleven á la categoría de tema clásico, al igual de los otros tiempos evolutivos de la individual y social riqueza.

Mucho importa buscar, á imitación de Minghetti y otros ilustres economólogos integralistas, las limitaciones jurídicas y morales de la ciencia económica; mas importa asimismo, por inverso concepto, buscar las limitaciones económicas y fisiológicas de la Moral y del Derecho, tales y como en cada tiempo imperan, constituidos de hecho, en las costumbres.

También á las altísimas instituciones político-sociales conviene aplicar la recomendación de Jesús á sus Apóstoles: *Alter alteribus lavare pedes*.

II

Residuo característico del trabajo económico y su reintegración al vital

Trazados á grandes pinceladas los capitales rasgos, así de semejanza como de diferencia, que relacionan las actividades vital y social, ceñiré en este lugar mis reflexiones al señalamiento de aquello que la segunda ofrece de nuevo, propio, peculiar, característico.

Procedamos á ello por ordenado recuento:

Primera novedad.—Que el organismo social se compone de elementos anatómicos racionales, y que, por tal condición, si pueden acertar pueden asimismo errar, siendo la experiencia para ellos piedra de toque de la razón, á los certeros efectos de imitar el infalible automatismo orgánico. Es la sociedad política un feto de evolución indefinida, cuyas células, por ser autonómicas, han de buscar, á fuerza de prácticos tanteos, su propia ley de organización; de suerte que cada hombre, según sus personales aptitudes, como cada elemento histológico, según sus propiedades específicas, halle el lugar y la función más económicamente adecuados á su naturaleza. Esta determinación de destino orgánico, que en los cuerpos vivientes se hace bien por arte de Socialismo de Estado, precisamente por ser éste del todo inconscio, no ofrece en los pueblos más camino seguro que el de la libertad individual, cuya lucha con la experiencia va depurando en la mente del ciudadano la noción de su legítimo interés, siempre concorde con el de sus semejantes. La historia enseña, de otra parte, cuán arbitraria, falible y perturbadora ha sido precisamente, á causa de su carácter racional dogmático, la dirección de los pueblos por los reyes en todo cuanto atañe á la social organización de aquéllos.—Sólo á título de hecho consumado, con carácter transitorio, merece el absolutismo la consideración de la Crítica. Dígolo esto por mi cuenta y razón, porque cuanto más voy entrando en años, más benévolo me vuelvo para con los hombres en mis juicios históricos, pues mayor contingente de mano de Dios que de humano albedrío voy descubriendo en la cadena secular de los sucesos. Y ¿quién, pregunto yo, le va á exigir responsabilidades á la Providencia?

Segunda novedad.—Que siendo racionales los elementos anatómicos de la sociedad, son y se reconocen recíprocamente responsables. De ahí arranca la noble función del crédito en sus incontables y trascendentales variantes. Forma de relación es ésta sin precedentes en toda la creación anterior á la de los organismos sociales, y que, por tanto, no consiente símil que ayude á hacerla comprensible. Sólo por aproximación pudiera decirse que el crédito es *la respiración del trabajo*.

Tercera novedad.—Que por ser racionales los elementos anatómicos de la política sociedad, resultan capaces de abstracción mental y de imaginación que sustantive lo abstraído, infundiéndole una realidad ideal, si, pero que, *por convenida*, resulta prácticamente positiva. De donde otra creación novísima, la de los signos de valor en cambio, verdadera trituración virtual, hasta polvo impalpable de las posibilidades de valor de las cosas, merced á cuya trituración las ecuaciones comerciales entre la utilidad y la necesidad se ajustan por milésimas para todos los tiempos, lugares y estados del económico movimiento.

Cuarta novedad.—Que siendo racional el ciudadano, y por racional libre, adquiere éste en sus funciones de relación el derecho á lo que en ningún caso los elementos orgánicos disfrutan en rigor de verdad, y es el salario, en cuanto representación de algo más que un mero equivalente del sustento consumido durante el periodo de la actividad reclamada. Porque realmente en el salario puro ó recompensa de servicio, con abstracción del valor del producto quizá resultante y del equivalente de manutención, descubrimos dos hondas raíces, muy distintas en apariencia, pero entrambas de carácter liberal. En efecto: cuando yo doy á otro una peseta como premio de un puro servicio, v. gr., de un recado que le encargué, le indemnizo, en primer lugar, de la pena moral inherente á toda obligación contraída, por cuanto ésta coarta, durante el mandado, la voluntad; pena que, por mínima que la supongáis, nunca llega á cero, y puede, según contingencias, adquirir inopinadamente un grandísimo valor; y, en segundo lugar, á mi hombre le indemnizo del tanto de función viva ó industrial que él hubiera podido ejercitar en su pro, mas que fuese durmiendo, pues es gran función y muy positiva y saneada el dormir. Y pues lo primero es coartación moral y lo segundo coartación material que se libera por su elevación á dato de conciencia, como fenómeno de moral opresión, resulta que, de mi peseta, 50 céntimos son premio liberal directo, y los 50 restantes premio liberal indirecto. Claro es, en consecuencia, que toda la peseta se la di yo á mi hombre por liberales motivos.

Si no pondero las excelencias de esta cuarta novedad en proporción de lo que sus apariencias se merecen, débese á que, en el fondo, el salario, bajo la más amplia acepción del vocablo, no es más que una de las infinitas variantes, si bien la más vistosa, de la aplicación de los signos de valor en cambio, puesto que, al par de las demás, está sujeto el salario á aquella ley de compensación que se realiza sin miramiento á tiempos ni distancias, y que tan saladamente poetizó nuestro incomparable Campoamor (que es de los poetas que tiran con bala y hacen blanco por tiro) en aquella su dolora que empieza:

«Me han contado que al morir
un hombre de corazón,
sintió, ó presumió sentir,
en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón.»
.....

En efecto, por repercusiones, muchas de ellas más estrambóticas que la imaginada por el humorista vate, se igualan, compensan, recobran y saldan, á entrada por salida, todas las remuneraciones económicas conocidas y posibles.

Quinta novedad.—Que siendo el hombre, precisamente por racional, el más falible de los seres sensientes, puede, como elemento orgánico de la sociedad, caer, ó en abuso de su poder asimilador de riqueza (*potentado*), ó en impotencia de alcanzar el uso (*pobre*), ó en el feo vicio de no querer colaborar (*holgazán*), ó en el peor de amortizar el ahorro (*avaro*), ó en el criminoso de abusar del rédito (*usurero*), ó en la locura de extremar el consumo (*disipado*), y, por este tenor, incurrir en otras muchas aberraciones económicas, de las cuales, excepto de la pobreza por sola fatalidad ó mala estrella material ó moral, afirmaremos que tienen su raíz y fuente en la concupiscencia.

Acerca de esto, tan sólo añadiré que si el capital y el trabajo (que nunca debieron andar reñidos) viven aún á matar, débese ello al espantable contingente pasional que á entrambos impele. En esta lucha también la libertad política ha de ser—con permiso sea dicho de quien lo contrario opine—la única esperanza. Para otra solución ya es tarde.

Y á propósito de los sistemas socialistas *a priori*, dejadme desahogar una vez más, afirmando que el único *Socialismo legítimo* será aquel que *a posteriori* resulte de las libertades individuales en funciones de derecho de asociación. Por este camino la sociedad política

llegará empíricamente á descubrir cuáles son sus naturales y perdurables quicios.

Finalmente, de las relaciones entre las individualidades políticas ó estados nacionales, en cuanto criaturas jurídicas, no quiero hablar, como ya no quise hacerlo de las que median entre las especies animales, en cuanto colectivas criaturas. El sistema económico de una y otra de esas dos grandes asociaciones es crudelísimo; en su seno lo de menos es la llamada «lucha por la vida»; lo grave está en que el mutuo exterminio sea ley natural. Por este concepto, las relaciones entre las especies son una mancha de la Naturaleza, y las relaciones histórico-políticas entre los pueblos acusan la propagación de esta mancha á la Humanidad. Valle de inconscientes quejidos era ya la Tierra millares de siglos antes de que la aparición del hombre la convirtiera en valle de lágrimas.

Así, pues, entre los plácidos cantares de Píndaro y Horacio, y los fatídicos lamentos de Esquilo y de Shakespeare, creedme: pasemos de largo, que nunca es tarde para decir uno todo lo que piensa.

Y ahora, definidas y juzgadas las cosas peculiares del trabajo económico, intentemos la reintegración de ellas al vital.

Entre las novedades halladas no hay una sola, ni sustantiva, ni siquiera procesal primaria; todo ello se reduce á meras potenciaciones surgidas del colectivo funcionar. Y es que entre lo vital y lo económico-político media un nexo, que es nada menos que el hombre mismo en estado de desarrollo íntegramente natural de todos sus elementos vitales psico-fisiológicos.

Ese nexo, donde quiera que aislado le supongamos, será otro Robinson, y, á despecho de su aislamiento, entenderá, discurrirá, fantaseará, creará, esperará tan espontáneamente como andará, correrá, comerá, trasudará ó dormirá, puesto que si lo uno, por función psíquica, es actividad cerebral, lo otro, por función somática, es actividad de piernas, estómago, cutis y hasta del encéfalo mismo, en cuanto sometido á la ley fisiológica del reposo. Y como quiera que el hombre ya es de suyo doble en su conciencia, bastante pie tiene con esta íntima sociedad dual para ejercitar en el seno de ella diálogos, reproches, controversias, críticas, consultaciones, y hasta dirigirse plácemes y vítores por sus propias invenciones, si tan culto de origen fuere el solitario, y aun comedias y todo podría componer y recitar, distribuyéndolas por arte de ventriloquia entre diferentes actores, y hasta por caso extremo y viva necesidad de amar, llega-

ría de veras á lo que antaño en broma realizó el donosísimo Sergio Ayguals de Izco (hermano del renombrado Wenceslao), quien un día publicó en el semanario de Madrid titulado *La Risa*, una oda amorosa encabezada «¡Yo á mí!», en la cual se dirigía ternezas tales como nunca se las ha oído de labios de un amante la más garrida doncella.....

Mas en ese Robinsón, en quien todo se desenvolvería por cuenta y razón individual, no se operaría progreso ni perfeccionamiento específico, y *en él* y *con él* moriría la humana evolución. Hijos no podría haber, porque la soledad no procrea, y si por acaso daba con una Robinsona, ¡adiós nuestro castillo de naipes!, pues ya por dos veces distintas una sola pareja ha bastado, según el Génesis, para poblar el mundo; y en dando con poblado, por insignificante que éste sea, ya nos vemos en plena economía social.

No; ese Robinsón no debía vivir más tiempo del que hemos necesitado para demostrar que la *Economía política* es la cima del árbol de la *Fisio-psicología humana*; que todas las funciones económicas, al parecer nuevas, son meras potenciaciones surgidas de la relación interpersonal. De esta consideración nace el concepto de un nuevo ser, la Sociedad, informada por un ente de razón, el Estado; ente jurídico, colectivo; colmena de hombres industrioses llamados ciudadanos; colmena, en fin, dentro de la cual cada abeja, inclusa su reina, sigue siendo responsable ante Dios, pero en el seno de un principio informador que, con el pomposo titulo de Estado, es tan irresponsable como el alma del más inconscio de los brutos.

Si con las precedentes consideraciones, todas de hecho, ninguna lucubratoria, no hubiera logrado en vuestro concepto la reintegración de la ciencia económico-social á la ciencia de la vida, renunciaría á intentarlo por ningún otro camino.

En todo caso, animame la confianza de que las dos primeras partes que llevo expuestas del presente esbozo, contribuyan en algo á la mutua aproximación de los cultivadores de la Economía y los de la Fisiología.

III

**Naturaleza y origen del trabajo liberal y su reintegración
á los otros dos, vital y económico**

Otra vez necesitamos de un Robinsón, mas no como hombre sencillo en medio de la Naturaleza, sino como artista millonario de nacimiento en plena y floreciente sociedad. Por lo pronto, me permitiré asegurar de él que, suponiéndole asistido de genio artístico universal, hoy nos sorprendería con un cuadro, mañana con una sonata, y así de todas las nobles artes nos iría ofreciendo obras admirables *gratis datas*, sin más forma de comercio entre él y nosotros que la emoción y el aplauso del ánimo nuestro en disfrutarlas, á cambio de su satisfacción y gloria en producirlas.

Mas un día ese Artista-Creso pierde su fortuna en un pestañear de la fatalidad, y llega pronto para él la hora de la absoluta miseria, y tiene hambre, y para apagarla pasa ruboroso por recibir estipendio de su trabajo; novedad á que las delicadas entretelas de su genio no saben acostumbrarse, por parecerle vil recompensa el dinero para quien, como él, ama el Arte por el Arte. Y aquí de las palabras del Espiritu Santo, restringidas al médico por el concepto de liberal protector de la salud, y pues liberal es el oficio de crear, y á quien posee genio creador los helenos le llamaron *poeta*, bien podremos, si quiera provisionalmente, ampliar los alcances de la biblica sentencia, y para dignificación y consuelo de artistas decir á la sociedad: *Honora poetam propter necessitatem*. «Remunera al poeta por ser de necesidad.»

Empero, si del oficio médico la necesidad es notoria, no así la del poético ó artístico oficio; porque en el orden de lo reconocidamente necesario, ¿qué le da el artista á la sociedad? Porque lo claro á primera vista es que, si todos gozamos con la presencia de lo bello, nadie, en cambio, padece mal, ni daño, ni vital privación por su ausencia. ¿Qué le ofrece, pues, á su público el genio del Arte?—Que ¿qué le ofrece, decís? Pues nada, si queréis; mucho, si bien lo meditáis. Lo que el artista ofrece al vulgo de los mortales es LO ETERNO INFANTIL, elemento latente de toda vida animada, y mucho más trascendental y universal que *lo eterno femenino* insinuado por Goethe como resorte oculto del mundo.

Sí: LO ETERNO INFANTIL anida en todas las almas, alborozá todos

los corazones, impulso es de todas las edades, y se desenvuelve y sublima en los pueblos á par de su espiritual cultura. Sí: LO ETERNO INFANTIL es la propensión al juego, propensión que no cesa y menos se extingue en el ánimo desde los primeros vagidos de la fantasía en el niño hasta los postrimeros restos de razón en la mente del anciano. ¡Desdichado aquél en cuyo cerebro las penas ó los dolores matan el tallo de LO ETERNO INFANTIL y nunca más lo siente retoñar! Porque hasta después de muerto él, le dará cortedad de entrar en la Gloria, al ver que allá en sus umbrales lo eterno infantil sale á recibirle con el beato retozar de ángeles, serafines y querubines.....

Esto es LO ETERNO INFANTIL, patente en todas las edades de la vida, así en el pacto explícito entre un galopin de escuela y sus camaradas, como en el pacto implícito entre un artista y sus admiradores. Ambos pactos se distinguen enormemente por su alteza, pero son idénticos en esencia; entre rapaces el explícito concierto es: «¿Juguemos á ladrones y justicias?»—«¡Juguemos!»; entre Calderón, ó Velázquez, ó Zorrilla, ó Ricardo Wagner y su mundo, el tácito concierto es: «¿Juguemos á sentir?»—«¡Juguemos!»

La adherencia de *lo eterno infantil* á todas las almas, explica cómo las invitaciones de él al juego, elevadas á artística apetencia, determinan en la circulación de los intereses sociales una corriente oculta de implícita demanda de juego estético, de ficción artística, á la cual da satisfacción, como contracorriente explícita, la oferta del genio exhibiendo sus creaciones, y todo ello exacta repetición de lo que ocurre en la infantil sociedad; sólo que de ésta, la oferta y la demanda de juego constituyen, á falta de obligados oficios, el único movimiento económico.

Ved, pues, cómo lo que os iba diciendo, al parecer burla burlando, se va poniendo serio, y que venimos á parar á una de dos: ó las Artes liberales se quedan como hasta hoy, en el aire, cual nubes de vistosos vapores, para vago deliquio y ociosa lucubración de filosofantes y poetas trasnochados, y superávit irreductible de la vida, así natural como social, ó mediante científica reducción del Arte á juego, y del juego á función viva muy principal y útil, logramos reincorporar al común tronco, ya integrado, de nuestra actividad bio-social, aquello que, por su artística liberalidad misma, constituye precisamente la flor y el aroma y el más exquisito fruto del árbol de la vida humana.

Cierto que á estas horas aún la Ciencia no posee una formal teoría del jugar, ni siquiera una definición mediana de «juego». De que esto es exacto no tengo para qué salir fiador; de ello os convenceréis

sin más que leer la eruditísima Oración inaugural del curso de 1893 á 1894, pronunciada en el Paraninfo de nuestra Universidad por mi docto y estimado compañero de Facultad Dr. D. Alejandro San Martín. En efecto, desde Aristóteles y Platón, hasta Kant, Schiller, Schleyermacher y demás modernos, todos confunden lastimosamente actos entre sí tan diversos como son *juego, recreo, ejercicio pedagógico, descanso placido, trabajo compensatorio* y otros que no tienen de común con el juego más que el constituir tarea ajena á toda obligación.

Mas no nos detengamos ante la falta de teoría hecha y editada, porque casualmente puedo ofreceros la inédita que años ha para mi uso y gobierno profeso; á bien que de ella no os mostraré más que lo fundamental, es decir, lo que el presente ESBOZO requiere, reservándome dar en otra ocasión á mi teoría del juego mayores desarrollos, con aplicación, sobre todo, á la Pedagogía, que tan necesitada anda hoy de brújula, por exceso de estrellas polares.

Por hoy, pues, y á fin de resultar á un tiempo lacónico y ordenado, comenzaré definiendo, y vaciaré luego, por metódico análisis, el contenido de mi definición.

JUGAR ES INVERTIR EL VIGOR SOBRANTE DE UNA FISIOLÓGICA APTITUD EN LA REALIZACIÓN DE UN ARGUMENTO DE FANTASÍA LIBREMENTE ADOPTADO POR LA VOLUNTAD (1).

(1) Que la definición por mí propuesta es la que corresponde á la voz «jugar» en su primera y principal acepción, y que la voz «jugar» es la única correspondiente al concepto por mí definido, son verdades científicamente desprendidas del texto ulterior de esta CONFERENCIA; mas por si acaso en el ánimo del lector surgiere algún escrúpulo de carácter *histórico, ideológico ó lexicotécnico* sobre valor y alcances de las voces «juego» y «jugar», aplicadas á la función psicofisiológica cuya definición propongo, creo no holgará que me anticipe á todo reparo exponiendo las siguientes brevísimas reflexiones:

1.^a POR EL CONCEPTO HISTÓRICO, obligame á aceptar dichas voces el hecho constante de haberlas empleado todos cuantos pensadores han discurrido acerca de la naturaleza de esa función á la vez libre, grata y principio y fin de sí misma, además de tan fácil de confundir con otras diversas ejercitaciones, liberales ó útiles, que en el texto se enumeran, que llevan ya, en rigor de lenguaje, nombres peculiares y que sólo por secundaria ó por abusiva acepción se llaman «juegos». Absurdo sería realmente el hecho de que, al cabo de veinticuatro centurias de andar los pensadores buscando inútilmente qué cosa es «jugar», viniera á desechar el vocablo, sustituyéndolo arbitrariamente por otro, precisamente aquel escritor que cree haber dado con la tan rebuscada definición del vocablo.

2.^a POR EL CONCEPTO IDEOLÓGICO, la razón que me asiste para mantener el significado tradicional de la palabra «juego», es terminante. Siendo cierto, como lo es, y en el texto demuestro, que así en los niños como en los irracionales, el

Dos suertes de energías, una ejecutiva, otra imaginativa, impelen al juego: *la energía ejecutiva* se forma de aquella cantidad de *tono*, ó potencia de una aptitud dada, que el ejercicio de la vida útil (forzada ó libre), no ha llegado á consumir, y que en salud resulta siempre considerable, así en el hombre como en los irracionales superiores; y *la energía imaginativa* surge de las sollicitaciones mismas que el sentimiento del sobrante ejecutivo eleva á la imaginación por obra del común sensorio.

verdadero, excelente é indiscutible *jugar* se amolda, de todo en todo, á mi propuesta definición, mientras que otros ejercicios, mal llamados por extensión «juegos», no encajan en ésta, claro resulta que las tres cosas, á saber: la voz «jugar», los términos de mi definición y la realidad de la función definida, se corresponden entre sí con absoluto ajuste ideológico.—Ahora, si mi propuesta definición del jugar comprende con igual rigor á las Artes nobles que á los infantiles juegos, ¿tendré yo de ello la culpa? ¿Acaso yo, mísero pulgón, soy el Creador del Universo? Si nadie ha criticado á Kant ni á Schiller por haber *propendido* á derivar del juego las bellas artes, ¿será justo, ni siquiera racional, criticarme por haber logrado derivar de *lo eterno infantil*, y como género superior, así las fantasías del niño como las creaciones del artista?

3.^a FINALMENTE, POR EL CONCEPTO LEXICOTÉCNICO, el hecho de haber hallado la acepción preferente, de sentido recto y pleno de un vocablo dado, no implica la abolición de las acepciones secundarias de éste; pues del propio modo que la primera acepción del vocablo «mano», con ser tan principal, natural y propia, no nos impide el uso de acepciones y aplicaciones secundarias, como «mano de almirez», «mano de papel», «mano de panecillos», «mano de cardas», «mano de coces», «dar ó tener mano», «ser mano», «darle á alguno una mano», y otras muchas que sería cansado coleccionar, por igual arte el hecho de que se admita, como principal y recta acepción de «juego», la definición que propuesta dejo, en nada empece para que se siga diciendo, bajo secundarias ó derivadas acepciones, «juego de la rodilla», «juego de nuez», «juego delantero del coche», «juego de café», «juego de compadres», «jugar un papel brillante», «jugó la artillería», y en lenguas extranjeras «Fulano *juega* el violín», ó «la compañía tal *juega* el Otelo»; pues todas estas cosas y otras se significa en las lenguas modernas con las voces *juego* y *jugar*, del español; *jeu* y *jouer*, del francés; *giuoco* y *giuocare*, del italiano; *play* y *to play*, del inglés; *spiels* y *pielen*, del alemán, etc.

Ahora, si á pesar de las expuestas razones quedase en el ánimo del lector algún escrupulillo, me permitirá transmitirle la sobria reflexión dirigida por Husley á su auditorio londinense, á propósito de los vocablos «evolución» y «desarrollo»: «*Aquí, como en cualquiera otra parte, los nombres son «ruido y humo»; lo importante es poseer un claro y adecuado concepto del hecho que por un determinado nombre se significa.*» («Here as elsewhere, names are «noise and smoke»; the important point is to have a clear and adequate conception of the fact signified by name».—Th. H. Husley, *Evolution and Ethics*, página 3, 1893).

Quien no se dé á partido por esta reflexión, que proponga más apropiado nombre.

En la práctica, las principales provocaciones al juego suelen nacer de uno de estos *tres* excedentes tónicos, á saber: ó *del muscular*, que impele al juego exterior corporal; ó *del encefálico*, que incita al juego intimo intelectual; ó *del genético*, que origina los juegos de galanteo.

El juego, en todo rigor de la propuesta definición, se da no sólo en el hombre, sino también en los irracionales. Por propia observación le he comprobado en mamíferos y aves, mas debajo de éstos nada he visto que de juego tenga positiva traza. A bien que tampoco son capaces de jugar ni todas las aves ni todos los mamíferos; pocos son entre éstos y aquéllas los que juegan; mas esos pocos juegan de verdad, esto es, dando muestras inequívocas, por diversas contrapuebas externas, de que en su interior un argumento falso, cuya falsedad ellos á su manera reconocen y aman, se desenvuelve como causa final del jugueteo.

Condición esencial del juego es el concurso de los *dos consignados elementos dinámicos*, ó sea el sobrante tónico de una aptitud y el argumento puesto por la fantasía al servicio de aquel sobrante; de suerte que el jugar es de suyo la resultante de ambos á dos componentes. Cada uno de ellos, por separado, da una función que en nada se parece al jugar; así, *el solo excedente tónico* produce *mecánica pandiculación*; *el solo fantasear* aborta en *ilusiones y ensueños* sin efectividad ninguna.

El pandicular se reduce á mera descarga automática de potencia ejecutiva; por las pandiculaciones, el animal no hace más que deshacerse de un sobrante de tono, cuya posesión, en cuanto sentida, le era molesta, y cuya disipación, por tanto, le agrada y satisface. Así, por ejemplo, el buitre, en estado de esclavitud, ejecuta con suma frecuencia una brusca sacudida transversal giratoria de la cabeza, es decir, la acción de despedazar, para la cual tiene tan bien apuesta y rica de tono su musculatura cráneo-cervical; los mamíferos del género *Feles*, desde el león al gato, necesitan de vez en cuando descargar de exceso tónico, no sólo sus zarpas, sino todo el cuarto delantero, por lo forzado que es, arañando y destrozando algo de consistencia y hechura parecidas á las de sus predestinadas víctimas, y el propio origen mecánico tienen los bostezos, estiramientos de piernas, arqueos de espinazo, aleteos sin vuelo, tensión alternativa de las alas á favor de estiramiento de la pata respectiva, y cien mil otras formas cuyo inmediato fin es consumir, por una momentánea sangría de potencia, aquel exceso de ella cuya posesión, por no hallar útil consumo, se hacía molesta. Véase, por tanto, cómo en todos es-

tos casos lo único producido es pandiculación, sin la menor sombra ni traza de juego. Sea de ello juez cada cual, observándose de alma y cuerpo durante cualquiera de las incontables pandiculaciones á que nuestro organismo nos solicita. En esto la observación propia llega más adentro, como es natural, que la aplicada á los brutos, y aun á nuestros semejantes, puesto que alcanza á descubrir y certificar casos de verdadera *pandiculación cerebral*; así, tal como suena. Ese pandicular se da, por más que el seso no posea acción contráctil, pues lo provoca un exceso de tono nervioso central, tan ocasionado á molestas acumulaciones como el muscular, sobre todo en aquello que forma, dentro de cada cual, su actitud psíquica preferente. Acerca de esto, y en la imposibilidad de entrar en prolijidades, concretaréme á recordaros ciertas crisis de la manifestación del carácter que se exteriorizan, pongo por caso, y muy frecuentemente, por disputas y emberrenchinaduras que luego resultan, por confesión de parte, ajenas del todo á la ocasión del berrinche, y sin más principio ni fin que el inmediato y mecánico de dar desahogo, por el ventilador de la lengua, á la congestión de quisquillosidad acumulada en las propias rabiaderas. Ahora bien: ¿podrá nadie dejar de ver en esto una verdadera pandiculación cerebral? ¿Pasa ello de un mecánico *estiramiento de sesos*, tan efectivo y útil, en el orden automático, como un *estiramiento de brazos*? Pues de estas pandiculaciones ofrece la vida subjetiva tantas y tan curiosas é instructivas variantes, que sólo con las por mí observadas en la práctica, así profesional como ordinaria, podría rellenar una extensa conferencia.

Diremos, por tanto, que quien sólo pandicula no juega.

La segunda fuerza motriz del juego, ó sea el sobrante de imaginativa, tampoco determina, por su sola acción, el hecho de jugar; sus resultados relativamente pasivos, porque no provocan acción alguna exterior, ni próxima ni remota, se llaman *ensueños ó ilusiones*. Pudiera de estos fenómenos decirse que son á la fantasía lo que las pandiculaciones á las demás actividades vitales: escapes automáticos de fuerza creadora, de fuerza que pone huevos, mas no los empolla.

Procuremos, sin embargo, y precisamente en virtud de lo antedicho, no confundir el fantasear pandiculatorio, tan frecuente en el haragán meridional, con el formal juego interno realizado en la mente sin que trascienda de un modo inmediato al exterior. Así, por ejemplo, artistas del fuste de Mozart, cuya potencia representativa interna le permitía aguardar á escribir sus piezas musicales, cuando en virtud de haberlas ya castigado de borrador en su magín, las tenía puestas mentalmente en limpio, realizan por completo á la ca-

llada su artístico juego, son como aquellos rapaces que tienen por genial condición fraguar y ejecutar bajo callado engañoso sosiego sus más inesperadas y famosas travesuras. Precisamente de juego son los artísticos casos de referencia, puesto que, á despecho de su aparente inacción, á ellos concurre la acción creadora de la fantasía, solicitada por el sobrante de tono de la individual aptitud y la inversión efectiva del sobrante cerebral de esa aptitud en la realización del argumento creado por la fantasía. Y como quiera que un excedente cerebral intelectual no ha menester ni piernas ni brazos para retozar, retoza sin riesgo de que tercera persona se percate de ello.

Hasta aquí lo relativo á los co-impulsores y determinadores del juego y á su elemental mecanismo: depuremos ahora cuáles son los coeficientes psicológicos del jugar.

Concordes están antiguos y modernos, aunque de vago modo, en ensalzar el juego como acto libre y placentero por excelencia. Importa en esto, como en toda cosa, dejarse de intempestivo poetizar y de entusiasmos *a priori*. El juego es liberal y grato en su fantástico argumento, por cuanto éste es de libérrima elección, y, por ende, gustoso: fuera de ello, el jugar es como el comer y el dormir y cualquiera otra función vital cumplida por iniciativa de su peculiar apetencia, y como el ejercer de astrónomo ó de albañil por impulso de natural vocación. Tanto las necesidades vitales, cuanto las seminecesidades vocativas, traen aparejado el placer como sanción de su natural cumplimiento; por donde se demuestra que el goce lo mismo asiste á los actos necesarios y seminecesarios que á los libres. Lo que muchos tratadistas quieren, al parecer, expresar, mas no expresan, es que el juego consiste en todo lo opuesto á aquel trabajo *obligado* que, por ajeno á la propia vocación, es *enojoso*; lo cual allá se va que lo digan como que se lo callen, porque ello solo se declara, ni más ni menos que la verdad de ser liberales y plácidas ocupaciones el andar, el comer y el beber por apetencia de ello, y muy penosas cuando no apetecen, ó apetecen positivamente sus contrarias. ¿Quién no ve que es menos forzado y doloroso tirar de una carretilla que beber sin sed ó comer estando ahito? Repito, pues, que lo peculiarmente libre y grato del jugar está en lo arbitrario de la creación y de la ejecutoria de su argumento, el cual, por ser espontáneo, resulta necesariamente simpático á su propio autor. En esto, en el conato de creación obrado por la fantasía, al calor del sobrante de energía vocativa que, sin el argumento, se resolvería en mero pandicular, en esto, repito, están la sal y virtud y nobleza y trascendencia que hacen del juego el embrión de las artes liberales; pues, por lo demás, tan vital es el jugar

cuando á ello nos incita un sobrante de aptitud ejecutiva, como lo es el comer cuando á ello nos impele la corporal miseria. Todas nuestras capacidades tienen por nuncio su *hambre* respectiva, y nuestra voluntad con mil amores se da á aquel de entre los nuncios que con más fuerza trompetea sus deseos, y así acontece, aun entre chicuelos, que si por ventura hoy, á la hora de merendar, dejan gustosos la merienda por un atractivo juego, quizá mañana, á la hora de jugar, desprecien el juego por una improvisada y apetitosa merienda. Así estamos hechos todos, niños, mozos, maduros, viejos y decrépitos.

Cuanto á la tendencia cualitativa de los argumentos de juego en cada individuo, paréceme que Schaller cae en grave error al afirmar que cada cual propende á especies de ejercicios contrarios á los que constituyen su habitual trabajo. Esto podrá resultar cierto por excepción en la persona de profesión forzada, violenta, contraria á su natural vocación; fuera de esto, en el orden general, que es el de estar el oficio de cada uno en armonía más ó menos perfecta con su personal aptitud, la regla es que en toda edad el hombre dedique á sus juegos favoritos el sobrante de *energías vocativas*. En todo caso, mi máxima, inspirada por largos años de observación, es: *Dime á lo que juegas y te diré para qué sirves*. Sin duda Schaller confundió con el juego el ejercicio de compensación, que en nada se le parece.

En suma: que el juego es lo que antes dije, y que no hay modo analítico de confundirlo ni con dicho ejercicio de compensación, ni con la pandiculación, el ensueño, el recreo, la distracción, el ejercicio pedagógico y el apacible descanso, ni, en fin, con otras formas de esparcimiento que en el habla y la práctica corrientes, al par que en las lucubraciones de los sabios, suelen ser con aquél confundidas.

Antes de pasar adelante, debo advertir que en mi definición y teoría del juego se comprenden todas las especies de juego de azar, con sus variantes y demás especies, justamente calificadas de viciosas. Lo que impide reconocer de buenas á primeras que esos son juegos idénticos en naturaleza y mecanismo á los otros, es la intervención en ellos de un elemento pasional funesto—del cual también participan, aunque en menor grado, las formas románticas del Arte,—elemento consistente en el empleo del dolor físico ó moral como preparatorio y multiplicador del placer final á que aspiramos. En la *Música moderna*, sobre todo en la flamante y neurótica sedicente *modernista*, ese elemento patético, con leños de patológico, representado por series de libertinas disonancias, no pasa de un derroche generalmente todavía soportable de la sensibilidad del auditorio; mas en los juegos de azar

y sus afines, como que lo atravesado en ellos es el propio caudal, la ruina descende del oído al bolsillo, y resulta, para la mayoría de jugadores, inevitable. Digo que para la mayoría porque, dentro del jugador de vocación, el interés pasional no está en *ganar*, sino en *jugar*, lo cual, si de un lado es fuerte prueba del carácter liberal del juego de azar, en cuanto juego, según mi definición, de otro lado ello solo explica lo ruinoso de esa afición maldita. Ley de experiencia es que, cuanto más apasionado el jugador, tanto más inepto para aprovechar su buen cuarto de hora y retirarse con las ganancias.

Nada más digo de esto por no caer en prolijidad; nada menos por no pecar de callado, es decir, para que mi teoría, con ser la primera formal, no parezca incompleta.

Veamos ahora, en términos generales, cuál es la evolución del juego, desde su rudimentario despuntar en los irracionales, hasta la cenital altura de las Artes bellas, donde el hombre, invocando al numen, al genio, á lo infantil del cielo, y aspirando á lo divino, juega representando lo ideal.

En los irracionales, donde la experiencia parece infusa, según lo poco que la adquirida interviene en promoverles el desenvolvimiento psíquico individual, el juego de la infancia apenas se distingue del de la adultez, porque, en ambas edades, ó no es juego, sino mero pandicular, ó trae ya su fantasía aparejado el argumento que la dominante aptitud orgánica sugiere al propio animal. A ello contribuye por mucho la enorme preponderancia que en los brutos tiene la imaginación sobre el entendimiento. Siempre el irracional juega á lo que más y mejor sabe hacer de útil en la vida, como tenga imaginaderas bastantes para elevarlo á simulacro. Por esto el gato—y vaya de ejemplo,—con ser incapaz de aprender habilidades, por muy tonto, demás de indócil por muy suyo, resulta, sin embargo, capaz de jugar con otros animales, y hasta con el hombre, ó bien al escondite, ejercicio en el cual es todo gato gran maestro, ó bien á lo que llamaré «el ratón misterioso»; juegos uno y otro en que el animal ofrece la contraprueba de estos tres extremos, á saber: 1.º, de que para él aquello á que se juega es pura farsa; 2.º, de que por tal la acepta y celebra; y 3.º, de que, al recordarla, estando de humor, desea repetirla, y así lo pide, y en repitiéndola, quédase sosegado y satisfecho.—Cuanto al escondite, juega á él muy correctamente cualquier gato, y como uno tenga un punto más de gazmoñería que él para engañarle, haciendo como que no le ve al descubrir su escondrijo, y retirándose uno con ademán y tono de aburrimiento por tanto buscar en vano, destácase el animalejo como un rayo, abrázase de un salto á una pantorrilla de

su consocio de juego y desaparece como un endemoniado en busca de nuevo rincón donde esconderse.—Ahora, respecto al «ratón misterioso», consiste el juego en colocarse la persona tras de una puerta y hacer asomar por el resquicio de ésta, bien el extremo de un latiguillo, bien un trozo retorcido de periódico, ó cosa así, y manejarlo con cierta veleidad ratonesca, de suerte que, ya rápido, ya lento, ya subiendo, ya bajando, ya asomando más ó menos, ya, en fin, retirándolo con traza hasta á punto de desaparecer, ofrezca cierta animación de movimientos. Ante un tal espectáculo, el gato, por crecido y sedudo que ya sea, se excita, se alarma, confía, desconfía, proyecta saltar, mide el salto, apréstase á darlo, desiste de ello, reinsiste..... hasta que ¡zas! de un bote va..... y..... coge por todo botín un desengaño. Repítese *da capo* el juego, hasta que al fin el animal se cansa, y como para decirle á su dueño «¡basta por hoy!», asómase tras de la puerta, y, encarándose con él, le embiste de mentirillas, con lo cual, además, le acredita que á él nadie se la pega.—Ahora bien; que aquello para el gato fué juego puro, según mi definición, contrapruébalo el hecho de que otro día (ignórase cuál, porque gato y capricho son sinónimos), comienza el animal á hacerle la rueda al amo, ó á quien le sugirió el entretenimiento, y á mayar, y á ir y venir, señalando el lugar donde ambos á dos jugaron, y sólo cuando el empresario de aquel teatro guignol ha vuelto á colocarse en su sitio y dado otra representación del entremés «el ratón misterioso», sólo entonces el buen gato queda contento y sosegado.

Es, pues, la caza ladina el genuino tema de juego para la imaginación del más doméstico y menos domesticable de los animales.

Del perro no hay para qué decir si es capaz de ocupación tan noble. Por grande que sea, sin embargo, la inteligencia canina, y muy general para aprender trazas, ninguna de éstas puede llamarse «juego». Las mayores habilidades entran en el can; pero el can no entra por ellas. Durante su ejecución el dueño juega con el animal; mas el animal no juega con el dueño: éste tira á que la función dure; aquél á que concluya.—La vocación juguetera del perro está por los simulacros de caza franca, que es su excelente aptitud, bien como la del gato lo es por la caza ladina, que es la vocación suya. Y así del perro se dirá que juega cuando de una piedra, de una pelota, de un palo, de un guiñapo retorcido y añudado, ó en fin, de cualquier otro objeto idóneo para el caso, se forja la ilusión de que es pieza de caza, y con tal empeño que, á las veces, de vuelta con ella, pudiendo más en su ánimo la codicia venatoria que la lealtad canina, se resiste á ceder la imaginada pieza al mismísimo amo que se la arrojara por tema del

simulacro. Porque en los juegos de los mamíferos superiores se dan casos de entusiasmo con vistas y lejos de artístico desapoderamiento; casos como, por ejemplo, el que yo he visto de un perro de esos de casta exótica y peregrina, corto de patas, larguísimo de cuerpo y resalado de porte que, en diciéndole: «¡Cázate el rabo!» se echaba á dar vueltas por babor y estribor de sí mismo para cogerse la cola, y con tal posesión del argumento venatorio lo que hacía que, más de una vez, al apuntar su caderamen contra un firme para mejor hacer presa en el apéndice caudal, lanzaba un quejido..... y era que, en efecto, se había mordido la cola con algo más de verdad de lo que las reglas de la ficción artística consienten.

Para broche de este manojillo de casos prácticos, y por vía de ejemplo del juego en las aves, citaré de algunos canarios machos, enjaulados solos, pero pendencieros de natural, el hecho de que gustan armar camorra con los dedos de quien los cuida, los cuales por fantasía se les antojan huéspedes, quiero decir, colegassuyos á quienes acometer, y la contraprueba de que ello es juego está en estos otros dos hechos, á saber: 1.º, que el canario, antes ó después de la lucha, toma pacífica y regaladamente de aquellos mismos dedos un piñón ú otra golosina; y 2.º, que al otro día, si á mano viene, el tal canario pide á su cuidador que le reitere el juego, y reiterado éste, y sin necesidad de propina ó requisito de boca, ni antes ni después, quédase sosegado y satisfecho.

De todo lo cual se deduce perentoriamente: 1.º, que los irracionales juegan á rigor de mi definición del jugar; 2.º, que su capacidad para ello llega hasta jugar con el hombre; y 3.º, que para no confundir en los brutos lo que es juego con cualquiera otra forma de actividad, es de rigor, á falta de revelación psíquica directa del animal juguetón, demostrar por contrapruebas suficientes, como yo acabo de hacerlo, que aquello de que se trata es juego y no retozo, ni pandiculación, ni cosa alguna que á éstas se asemeje.

Añadiré en último término que, en mi sentir, el acto de jugar es la función más noble de que un irracional puede hacer gala. Schiller, con su énfasis habitual, decía: «Sólo cuando el hombre juega es hombre». Discutible me parece la sentencia, con todo y ser yo quien saca científicamente del juego la filiación directa de las nobles artes: funciones espirituales desempeña el hombre superiores á las artísticas. Lo que sí me parece evidente es que lo más superior que de un irracional se puede esperar, consiste en que juegue de verdad, y más si juega en compañía del hombre, porque entonces aparece el irracional como con ansias y conatos de racionalizarse. Ante un tal

espectáculo habría motivo para exclamar: «¡Superior á sí mismo parece el animal cuando de veras juega!»

Llegados á los irracionales, ya la evidencia misma de que es verdadero su jugar consiente gran laconismo de discurso. El hombre, al nacer, siendo de derecho muy superior al bruto, resulta de hecho muy inferior á éste; ello nace de que el niño ha menester dos simultáneas lactancias: una de corporal crecimiento, otra de espiritual evolución; la primera, al cuidado de madre, da substancia; la segunda, al del mundo, propina experiencia, que es la leche del espíritu humano.

Tal novedad en la serie de los entes animados, explica el fuerte retraso del niño en salir de aquella desairada minoridad natural que le da trazas de simple máquina de sensaciones; mas, en cambio, tan luego en su caótico sensorio despunta el alba de la razón, antes que hable, en cuanto es capaz de risa por motivos intelectuales, ya clarea en su conciencia vislumbres de imaginación, y simultáneamente con los primeros advertimientos del engaño externo, traza él en sus adentros las primeras siluetas del fingimiento. Hasta ese período, sólo pandiculaciones produce el infante; pero á tal extremo y con tal finalidad instintiva pandicula todo él, en las incontables direcciones de la rosa de sus futuros vientos de actitud, que, al comenzar mucho más tarde, v. gr., á balbucear los primeros vocablos, no halla ya letra que él en sus entreactos de materno seno no hubiera pandiculado, produciendo inconscientemente en su boca, á modo de borbotones de embrolladas guindas, las letras todas, no ya del patrio, sino del universal alfabeto. Y así procede el niño en todos los demás preludios de su futura intencional actividad.

Mas desde el rayar del alba de su racionalidad, el niño juega; juega á rigor estricto de mi propuesta definición, especializándose en el jugar según sus evolutivas futuras aptitudes. Ya entonces al niño se le puede decir: «Con ver á lo que juegas direte para qué vas».

En esto llega para uno y otro sexo la pubertad; por ella Naturaleza emplaza en el interior de cada humano, por independiente instalación, los dos motores inmediatos del Universo entero; el hambre y el amor en su amplia acepción de ideales ambiciones, y esos motores empalman sus invisibles correajes con la fantasía, de donde, por auto-sugestión, van tomando infinitas formas los anhelos de fortuna y goce, padres respectivos de la Industria ó trabajo útil y del Arte ó trabajo liberal. De esto á resultar poderoso ó glorificado, llegar á ser un Creso ó un Homero, sería exageración decir que no hay más de un paso; pero cabe afirmar que se va á pie.—Y por lo que toca al

artista, particular sujeto de mis actuales razones, repito lo que antes dije, ya que de entonces acá lo tengo demostrado, y es: que el liberal trabajo, por ser modo y grado del juego, se reduce á invertir el sobrante de la natural aptitud en la realización libre y grata de un argumento de la fantasía, y que, por sublime que sea, la artística manifestación, siempre ésta radicaré en *lo eterno infantil* de la Naturaleza, que es origen y fuente del jugar, sólo que será un jugar sublime.—Y ¿qué oponer á las precedentes razones cuando la hipótesis, por más que falsa, de que la inspiración del artista es obra de ángeles, genios y númenes, arguye en la Humanidad la concorde tradicional creencia de que *lo eterno infantil* radica en *lo celestial eterno*? Pues ¿qué, si no juego de mecanismo inefable, viene á ser el laborar de Dios en el tiempo y el espacio? ¿De dónde, si no de su infinito exceso de poder y de su inagotable fantasía, engendra sus criaturas? ¿Qué utilidad á su favor saca Dios del crear, como no sea la de recrearse en la bondad de sus obras?—Y, contestado todo esto, ¿qué le falta ni qué le sobra á la respuesta que no encaje con admirable ajuste á la propuesta definición del juego?—Nada, como no sea cierta impropiedad antropomórfica en la representación del mismo Dios, en cuanto creador de cielo y tierra. ¿A qué pintarle ó esculpirle anciano? ¿No adoramos los cristianos al Niño Jesús por otro místico concepto? Pues ¿por qué cristianos y gentiles no hemos de representar Niño á LO ETERNO INFANTIL en funciones de Autor del Universo?

Quédese esto aquí, por ser muy fuerte asunto para apurado de soslayo, y reintegremos en dos palabras el concepto del trabajo liberal al ya sintetizado del vital y el económico.—Llamemos á aquel nuestro segundo Robinsón, al Artista-Creso venido á menos, y consolémosle de su suerte que le obliga á trabajar para vivir. Si el artista halla público, débese ello á que el público tiene mucho de artista; pues, de lo contrario, por falta de congruencia entre ambas partes, no hallaría el genio quien le remunerara, por no hallar quien sus creaciones sintiera, deparándole, á más del estipendio, aplauso, coronas, gloria y terrena inmortalidad. Lo que hay en el fondo de esta congruencia es que, en sociedad, si todos gozamos artístico sentido, no todos le poseemos con igual intensidad, siendo pocos los creadores de belleza, y quedando los más en meros consumidores de ella. Y, pues, con la prisa de acabar se me corrió por los gavilanes de la pluma el vocablo «consumidor», ¿á qué decir más si, dicho esto, ya con nada puedo sorprenderos?

Hay, por tanto, en sociedad, hay, si, oferta y demanda de belleza,

y como los oferentes sean poquitos y los demandadores gran muchedumbre, elevase por ello hasta las nubes el estipendio, y no vale argüir que lo transigido es mera fruición artística; porque á ello se replica que el honesto y el espiritualísimo goce de lo bello es en lo humano positiva función vital. Vida es el tiempo para quien se afana en crear obras de arte; vida es el goce de éstas para quien al demandarlas lucha con la carestía de la estética producción; y pues oro es la vida y oro el goce, y goce y vida son á la par función de tiempo—única razón de que éste sea estimado como dinero—resultan, por clara, simple y terminante manera, fundidos en común aleación el trabajo liberal y el económico, ni más ni menos que antes transfundimos, por igual naturalísimo arte, el económico en el vital; quedando de este modo substancialmente reintegradas las tres personas de la humana trinidad en un solo y único hombre verdadero.

Y basta, señoras y señores, por esta vez; que ya me parece estar oyéndoos por esos pasillos exclamar de mí, que si largo silencio me guardé, buena catarata de razones os he deparado esta noche. Mas, en descargo mío, ved que no está de mi parte toda la culpa ni de la vuestra toda la inocencia; el verdadero responsable de lo que acaba de pasar es *lo eterno infantil*, que en todos nosotros reside. Vuestro rapaz le dijo al mío: «¿Juguemos á que nos das lección?»; y el mío contestó de ligero al vuestro: «¡Juguemos!» De ahí la sagrada atención con que todos vosotros, sabiendo cada uno más que yo, me habéis escuchado fingiéndoos escolares, y de ahí, asimismo, el énfasis con que yo, ignaro de mí, me expliqué echándomelas de dómine.

Mas no le regañéis al angelito de vuestro cerebro, que yo al mío todavía le daré encima confites por su feliz travesura.

Dios nos le conserve, pues de mí os aseguro que sin los retozares de ese ángel y las inagotables providencias de otro que yo me sé, años ha que me tendríais de baja en la nómina de socios vivientes de ese liberal y meritísimo Ateneo.

Conque adiós, señoras y señores, y que os sea leve este mi simulacro de conferencia.